

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## Liturgia y corporalidad [Liturgy and corporeality]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Couch, Ricardo A.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-03-14 22:44:38
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/156007">http://hdl.handle.net/20.500.12424/156007</a>

## LITURGIA Y CORPORALIDAD

Ricardo A. Couch

Desde muchos puntos de vista la verdadera liturgia se caracteriza por la *corporalidad*. Cuando adoramos verdaderamente en espíritu y en verdad, el *cuerpo* está presente. Aunque el culto es un asunto totalmente espiritual, aunque es un acto en el cual la realidad del Espíritu de Dios está presente en la Palabra y el Sacramento y en la respuesta de los hombres a ellos, hay un profundo sentido, esencial, en el cual *el cuerpo* legitima o cancela el culto. O, dicho de otra manera, todo lo que hacemos en lo que llamamos culto, en el mejor de los casos es una preparación para el culto, y en el peor de los casos, cuando el cuerpo está ausente, falso culto.

Empleo la palabra *cuerpo* en un sentido conscientemente múltiple e inclusivo. Aquí tiene al menos cuatro significados, todos ellos esenciales para nuestro argumento: el cuerpo como la totalidad y la envoltura humanas, el cuerpo como asiento de la enfermedad y la salud, el cuerpo como comunidad, y el cuerpo como medio de comunicación.

### **Corporalidad y totalidad humana**

El hombre tiene conciencia del mundo porque su cuerpo tiene capacidad para recibir impresiones de lo que lo rodea, registrarlas, organizarlas y responder a ellas. Nuestros cuerpos son de hecho un magnífico complejo de radar-computadora que constantemente recibe señales, las descifra y las acumula en un todo organizado que es nuestra experiencia. Además, hay reactores, productores de impulsos, de modo que no sólo recibimos impulsos sino también los originan, los proyectan hacia nuestro mundo y así participan activamente en la formación y transformación del mundo, así como en la formación y transformación de nuestra comprensión del mismo. Nor-

malmente hablamos de los cinco sentidos como nuestras facultades de radar. Pero esta es sólo una descripción elemental y más bien rudimentaria de ese aspecto de nuestras personalidades. Porque, no sólo debiera ser entendido cada sentido en términos de par receptor-productor de actividades (oigo y produzco sonidos; veo y produzco imágenes, etc.), sino que nuestra presencia física total debiera ser interpretada como un complicado y refinado conjunto de receptores y respondientes mediante el cual percibimos (¡o podemos percibir!) lo que está ocurriendo "allá afuera" (y también "aquí adentro") y participamos en ello.

No es exageración decir que la salud humana de una persona puede medirse en términos de la eficiencia con que funciona este complejo radar-computadora-respondiente. Aun podría ser más correcto decir que nuestra salud es la manera en que funciona todo esto. Nuestra capacidad para recibir y descifrar las múltiples señales que nos llegan de afuera y de adentro, y responder a ellas, es nuestra salud y/o nuestra enfermedad. Y, sin entrar en la profunda cuestión filosófica planteada por el enfrentamiento entre las interpretaciones idealista y empírica del hombre, aun podemos decir que, en un sentido más o menos riguroso, nosotros mismos *somos* la totalidad de esta experiencia de recibir, descifrar y responder. De hecho, la mayoría de nosotros vivimos solamente la mitad de nuestras vidas (¡o más probablemente un tercio, un quinto o un décimo!) debido a que todo este proceso funciona deficientemente. Podemos recibir señales pero ya no percibirlas, o recibirlas y percibirlas sólo parcialmente, o percibirlas pero descifrarlas erróneamente, o responder incorrectamente, ineficazmente. En breve, existe un vasto universo de realidad fuera y dentro de nosotros, del cual ordinariamente sólo somos parcialmente conscientes y al cual respondemos por lo general muy parcialmente y en formas sólo parcialmente efectivas. La electrónica humana no funciona muy bien. Esto es nuestra enfermedad. Esta es una de las raíces de la pobreza humana a la cual muchos de nosotros estamos sujetos.

Hablar de corporalidad en este contexto es hablar de la totalidad de la presencia del hombre en el mundo. Y, en este caso, de la totalidad de su presencia en el culto. Adorar correctamente es estar totalmente presente en el culto. Todo el hombre debe estar allí. Su cuerpo y la totalidad de su facultad receptora-respondiente es la forma concreta en que el hombre debe estar presente en el culto, lo mismo que en cualquier otra parte. El culto abarca todos los sentidos. O, al menos, en principio ninguno de ellos ha de ser excluido. Todo lo que los hombres captan del mundo y lo que contribuyen a su formación tiene algo que ver con el culto. Y para que el culto sea verdadero, creativo y significativo se requiere todo su aparato receptor-responsivo.

El que esto no ocurra se debe a la desoladora parcialidad de la mayor parte del culto. Todo parecería planificado precisamente para

excluir a la mayor parte del hombre de ésta, su actividad suprema. Los protestantes han hecho una selección radical y aparentemente irrevocable de los sentidos, relegándolos a todos menos uno a las tinieblas exteriores. En el culto, uno ha de *oír* y ocasionalmente *hablar* o *cantar*; el par oyente y productor de sonidos ha sido canonizado y todos los otros categóricamente condenados. En el culto uno definitivamente no ha de ver, tocar, gustar u oler. Esto no significa que estos radares cesen necesariamente de funcionar en el culto. *Hay* en el culto impresiones visuales, olfativas y táctiles, pero no están planificadas como partes del culto y por lo general comunican alguna otra cosa, a menudo algo conflictivo. No estando adecuadamente atendidos y utilizados, estos sentidos descuidados sirven, a menudo con devastadora eficacia, para detraer o cancelar las intenciones del culto.

Es importante subrayar que la pobreza del culto que resulta de esta severa exclusión de la mayor parte del aparato receptor-transmisor del hombre *no* es meramente una cuestión de reducción del color, la variedad y el interés del culto, sino algo mucho más crucial: es una cuestión de *ausencia del hombre*. Si el cuerpo del hombre no puede estar, en algún sentido realmente funcional, totalmente presente para participar en el culto, entonces sólo por milagro se puede decir que el hombre está presente. Es verdad que el oído y el habla ocupan un lugar muy privilegiado en la galería de las facultades humanas. Tanto que, de hecho, oyendo y hablando el hombre puede estar totalmente presente —todo su cuerpo, todo su ser encerrados en lo que oye y dice. Cualquiera que sugiere que decir “Te amo” es meramente un fenómeno verbal, simplemente no ha comprendido lo que está sucediendo cuando alguien dice eso. Allí están envueltos, explícitamente o por proyección, cuerpo, espíritu, vista, sonido y tacto. Debido a que el oír y el hablar *pueden* llegar a envolver al hombre en su totalidad, el culto protestante a menudo se ha salvado de la esterilización total a que se expone cuando, en efecto, canoniza a un sentido y rechaza todos los demás. Pero el hecho de que el oír y el hablar pueden asumir al hombre en su totalidad no es excusa válida para excluir del acontecimiento del culto a los cuatro quintos de sus facultades. En la mayoría de los casos esto logra sólo la exclusión efectiva del hombre mismo del culto, ya sea literalmente (¡multitudes no asisten!) o, lo que es mucho más fatal, existencialmente (asisten, ¡pero su vida está en alguna otra parte!)

Si el hombre aporta al culto y utiliza allí toda su capacidad para percibir y transmitir, recibir y reaccionar, se ha logrado una buena porción del paquete total llamado “culto verdadero”. El hombre, con la totalidad de su vida y sus facultades experimentadas, al menos está *presente*. Porque acude consigo mismo y con su capacidad para recibir, percibir y reaccionar... algo puede suceder. Porque se proclaman los grandes actos de Dios y su presente realidad sanadora, y se los

retrata y teatraliza por medios que llegan al hombre a través de todos y muchos de sus radares, es en principio más probable que le llegue algo de las insondables riquezas de la fe y la alabanza, y lo mueva a una respuesta total. El culto ya no es una reducción estéril o una austera exclusión, Vida, vitalidad, totalidad, color, calor, dimensión, profundidad... son sus características esenciales. La corporalidad se torna una cuestión de totalidad y riqueza, tanto en lo que los hombres aportan al culto como en la forma en que allí se comunican las realidades eternas de la fe.

Pero la corporalidad en el culto significa totalidad también en otro sentido. No sólo la totalidad de estímulos y percepción de los mismos, sino también la totalidad de la entrega. El hombre no ha de estar presente solamente en una suerte de totalidad sensorial o intento cuantitativo de captarlo todo, sino también en el profundo sentido íntimo de todo esto: una total intencionalidad y compromiso. Si estamos allí porque debemos estar, necesitamos estar, queremos estar y nuestra misma vida depende de ello; si estamos en compromiso y con total disposición, entonces puede tener lugar el culto: estar presentes corporalmente es estar presentes intencionalmente, porque donde está nuestro cuerpo, allí está también nuestro corazón.

Es difícil poner nuestros cuerpos en alguna otra parte que donde está nuestra intención. Podemos hablar de compasión y amor al prójimo, pero si después nos vamos al cine, es allí donde está nuestra intención. Sólo cuando realmente vamos a nuestro hermano enfermo está claro que realmente somos compasivos y amamos al prójimo. "Cuerpo" aquí no significa solamente ubicación. De hecho, podemos "llevar" nuestros cuerpos al nuestro prójimo sin estar "corporalmente", es decir, "intencional y plenamente" allí. "Cuerpo" significa "la ubicación intencional de nuestro yo total". Donde están en este sentido nuestros cuerpos, allí están verdaderamente también nuestros corazones, nuestros ojos. Nuestros cuerpos en las manifestaciones de protesta, nuestros cuerpos en la batalla, nuestros cuerpos en la lucha económica, nuestros cuerpos en el abrir de nuestras bocas y hablar cuando sería más seguro no hacerlo, nuestros cuerpos en el amor y la procreación, nuestros cuerpos visitando y acompañando, nuestros cuerpos yendo a y también estando ausentes de, son los que determinan quiénes y dónde estamos. Y el culto corporal es culto intencional, total, comprometido —el único culto verdadero.

Hay en el culto un vasto campo para la experimentación con la corporalidad sensorial. Sin desplazar al oído, se puede hacer mucho para completar y profundizar el culto admitiendo al ojo, la mano, la lengua, la nariz. Ningún sentido comunicativo puede ser excluido de antemano como incapaz de soportar las cosas de Dios. Algunos sentidos, naturalmente, son mucho menos predecibles y manipulables, como por ejemplo el sentido del olfato. Al mismo tiempo, tal vez esto sea sólo decir que los entendemos y utilizamos menos. Y puede ser que, si en realidad, por ejemplo nuestra facultad olfatoria es

menos predecible, tenga una susceptibilidad especial a la comunicación emotiva de la memoria y la esperanza. ¿Hay algo que obre tan instantáneamente sobre la memoria como el olor de hojas que se queman o tan lleno de esperanza como cierto perfume determinado? ¿Quién puede decir que una profunda, aferradora comunicación de esperanza y memoria no es susceptible de un contenido cristiano? ¡De hecho los olores a rancio y a polvo de muchas de nuestras iglesias llevan un mensaje cotidiano que infaliblemente reciben todos los que entran! ¡Debido a que no hemos dado importancia más que al oír, no hemos comprendido cuán eficazmente nuestros olores traicionan y anulan lo que decimos!

Durante décadas han estado acumulándose evidencias de la potencia pedagógica de la vista. Una gran proporción de lo que aprendemos, lo aprendemos por la vista. Y muchas de las cosas que nos conmueven, a veces con efectos irrevocablemente permanentes, son visibles: el rostro franco, sin cálculos de un niño; nuestra bandera ondeando; esa inesperada sonrisa a través de una habitación; el visible impacto de un Vermeer o un Picasso. El culto también es ver. Siempre hay allí algo que ver, aunque no esté planeado para eso, tal vez *especialmente* cuando nadie lo ha planeado. Y todo lo que tiende a dar algún significado a todo lo que hacemos y decimos en el culto. Esos mensajes sensoriales son particularmente eficaces con los niños. Para ellos no importa mucho lo que decimos; lo que les impresiona es lo que ven y oyen, cantan, huelen y gustan y tocan. Un escaño duro y una fea pared oscura, con un montón de libros desordenados y mesas desparejas, nada de movimiento y falta de gusto, les llevarán un mensaje irrefutable, quizás eterno, sobre Cristo y la fe. ¿Y por qué no? Todo eso es de hecho *nuestro* evangelio, es la forma en que encarnamos lo que somos y lo que *no* somos, es la confirmación corporal de nuestra real intención (¡aunque no lo "entendamos" de esa manera!) y quien lee el mensaje nos lee correctamente a nosotros.

Que de alguna manera profundamente apropiada la vista del culto "diga" lo que somos y lo que pretendemos ser: que el evangelio llegue a nosotros en visión y no sea traicionado por las "visiones" del culto, es una preocupación, más que válida, urgente, para todos los que planifican el culto. El empleo de colores, la disposición de los muebles, la elección de las formas y movimientos visibles en el culto, la presencia visible de los feligreses y los directores del culto, aun la expresión de nuestros rostros, todo es "materia prima" válida para este ministerio a través de la vista. Todo un lenguaje de la vista puede desarrollarse si se educa a la congregación en los significados concretos que se puede dar o han sido dados a los colores y los símbolos. La iluminación también es un poderoso vehículo de significado. Siempre dice algo. Puede decir mucho, y mucho de verdad, si nos importa. Puede llegar, y de hecho ha llegado a ser una nueva tiranía: controlando los estados de ánimo y las emociones

de la gente a pesar de ellos mismos. Pero esto sucede solamente cuando nos dejamos arrastrar por una ingeniería loca o una teología disparatada.

El tacto es una forma de comunicación extremadamente potente. Casi siempre se relaciona con la intimidad, la pasión o la violencia. Si alguien me toca es, generalmente, porque me ama o porque quiere hacerme prisionero ((de una u otra manera). Hay, es cierto, maneras triviales de tocar a la gente, pero probablemente son las formas en que reducimos el toque formas menos potentes y más manejables: la alentadora palmada en la espalda o el apretón de manos superficial. La unión de las manos, el intercambio de un beso, e labrazo son todas maneras potencialmente efectivas de fortalecer la comunidad (¡otra clase de corporalidad!) mediante la comunicación en niveles profundos. Nuestra renuencia a tocar en el culto es ciertamente una señal de nuestro temor a la potencia delante del Señor y de nuestros hermanos, pero la comunidad, la intimidad, la pasión, la comunicación emotiva, la reconciliación son todas partes esenciales del culto verdadero, les temamos o no.

Ciertamente es una decisión significativa de parte de muchas iglesias (sea conscientemente o de otro modo) la de omitir en los sacramentos y observancias de la iglesia el lavado de pies, aunque Jesús los ordenó expresamente. Es precisamente el único mandamiento concreto de Jesús en el que es inevitable el contacto personal. ¿Podríamos permanecer indiferentes hacia el hermano (o hermana) que lavó nuestros pies delante del Señor? ¿Podríamos continuar criticando tranquila y anónimamente a aquella hermana (o hermano) cuyos pies hubiéramos lavado? ¿Podría una comunidad de lavadores de pies ser indiferente, distante, unida desapasionadamente? Creo que no. Y por eso es que casi todos hemos eliminado cuidadosamente el rito del canón.

### **Corporalidad, enfermedad y salud**

El culto debiera ser corporal también en el sentido de que fuera el lugar al cual lleváramos nuestros cuerpos para ser sanados. La sanidad es una parte mucho más significativa de la realidad del Nuevo Testamento y de la misión que Jesús encomendó a su Iglesia, de lo que generalmente admitimos. Tenemos que curar, y la curación es un acontecimiento total, antropológico, aun cósmico, íntimamente relacionado con nuestra proclamación total y nuestra penetración misionera entre los hombres. El culto es, pues, un lugar donde en muchos sentidos la curación ha de ser *proclamada y llevada a cabo*.

Esta es una de las formas más concretas en que se distingue el mero jugar al culto del culto verdadero. El que lleva su cuerpo para ser curado, nunca puede estar jugando, nunca puede estar involucrado sólo parcialmente. El que no lo hace, o nunca lo haría, casi por definición está sólo parcialmente involucrado. Hay pocas

maneras más poderosas y concretas de garantizar al culto un carácter profundo existencial y mesiánico, que darle ese consciente impulso sanador. La sanidad es siempre el asunto del culto, aun cuando no aparezca como tal en el plan, porque congregarse para la proclamación, la oración, la alabanza, la comunión es siempre, en el sentido más profundo y concreto de la palabra, congregarse para sanar. La batalla contra la enfermedad, la opresión, la depresión, la pobreza, la soledad, o el vacío, está siempre a mano en el ministerio de la Iglesia. Cuando la Iglesia está cumpliendo su tarea, siempre están envueltas la reconciliación y la sanidad, individual y socialmente. La sanidad concreta: interceder por los miembros enfermos, acompañar a los enfermos, la imposición de manos para la curación, son siempre partes importantes del ministerio de la Iglesia. Es normal y deseable que aparezcan concretamente en el culto. Aunque no aparezcan, su existencia y su práctica debieran formar parte de la conciencia general que forma el trasfondo del verdadero culto.

En un sentido muy real, aunque entre los miembros de la iglesia o en la comunidad parroquial no hubiera ningún enfermo, la presentación de nuestros cuerpos para la sanidad o para la salud sería, sin embargo, una parte esencial del culto. Nuestra salud es la práctica de la verdad, la expresión de la paz y el amor en nuestro vivir. El mensaje y la realidad del evangelio constituyen la base de nuestra salud. El culto es, por lo tanto, el lugar donde se proclama y cultiva la salud, el lugar donde se presenta y se hace efectiva en la vida de la comunidad creyente la base de nuestra salud.

### **Corporalidad y comunidad**

En otro sentido de vasto alcance la corporalidad es una característica esencial de la comunidad mesiánica: nosotros debemos ser el cuerpo de Cristo, miembros los unos de los otros, un templo viviente. Hay una totalidad orgánica en la comunidad mesiánica que es parte de su esencia. Es nuestra relación unos con otros, nuestros ministerios mutuamente relacionados, nuestra expectación ante unos y otros, nuestro crecimiento en la fe y el servicio a medida que nos enriquecemos unos a otros, nuestra concreta estructuración del amor, lo que hace de nosotros verdaderamente en nosotros cuando estas cosas tienen lugar; es el Espíritu del Dios vivo el que nos edifica en amor.

Esta es toda una nueva dimensión de la corporalidad, que no deja de estar relacionada con las otras ya mencionadas. Es como seres vivientes totales y respondientes, con todos los radares funcionando. como somos edificados en un templo viviente. Es precisamente en la nueva comunidad donde la mayoría de nosotros hemos sido liberados para el pleno funcionamiento de nuestros radares. Y el proceso es terapéutico. Así, pues, "cuerpo" y "corporalidad" en todos estos sentidos están interrelacionados en su significación. Por medio de

mi cuerpo experimento y moldeo mi experiencia, me involucro totalmente, persigo la salud y me defiendo de la enfermedad, me relaciono orgánicamente con otros. Todo esto es corporalidad; en todos estos puntos se me ofrece la plena, vital humanidad, retirarnos de Dios. Toda tentación puede ser vista como una u otra forma de evadir la plena corporalidad, aun las tentaciones "corporales".

Quando se entiende la comunidad mesiánica como el cuerpo orgánico de Cristo, toda su vida y misión son realmente afectadas. Y el culto es un acontecimiento fundamentalmente diferente cuando se lo entiende y practica como un acontecimiento de la comunidad. Lo que entonces sucede nos sucede a nosotros y entre nosotros. Al acercarnos a la Palabra y repetirla juntos, nos acercamos unos a otros y tiene lugar un acontecimiento creador de comunidad. El centro mismo del culto en comunidad —corporal— es diferente de todo otro culto. Podemos seguir mirando hacia adelante —hacia el altar o el sacerdote— pero nuestra mirada incluye a nuestros hermanos. Parecería ciertamente artificial y forzado si, en momentos significativos del culto, no mirásemos conscientemente el rostro de los hermanos. Una de las razones por qué la adoración en un recinto circular o un arreglo circular de los asientos ha vuelto cada vez más al culto contemporáneo es que expresa tan naturalmente el acto divino como centro de la comunidad, el acontecimiento formativo de la comunidad y la postura de los adoradores mirando a los hermanos, asumiendo la comunidad. En una disposición para el culto que así refleja la comunidad, es casi imposible salir del culto habiendo participado sólo en un intercambio "Dios-yo".

Y los acontecimientos constitutivos del culto de la comunidad son diferentes. Nunca puede reducirse solamente a adorar a Dios. O, si un servicio de culto está dedicado solamente a la adoración, es la comunidad la que adora. Pero confesión, alabanza, reconciliación, intercesión, ofrenda, petición todo adquiere un carácter particular cuando tiene lugar en, por y para el cuerpo de Cristo. El culto tiene lugar conscientemente en un mundo de extrañamiento, malos entendidos, aislamiento, tensión. Y se convierte en un lugar en el cual pueden ocurrir confianza, reconciliación, entendimiento, reunión. Y mientras más pasos concretos se dan para asegurar que así sea, más saludable, dinámica y reconciliadora se hace la comunidad misma.

Para la liturgia corporal en este sentido es fundamental el rechazo radical de la noción del culto como algo que hace el dirigente, sacerdote o laico. Debe abandonarse aun la más esclarecida noción del culto como algo que todos hacen bajo el mandato del dirigente. No puede hallarse una manera más completa de confesar la plena ausencia del cuerpo orgánico de Cristo, que dejar que todos los ministerios de edificación del culto recaigan sobre una o dos personas. El culto implica la práctica, decentemente y en orden, de toda una serie de dones carismáticos: profecía, enseñanza, oración, intercesión, sanidad. Además, un ministerio válido de adoración puede

centrarse alrededor de casi cualquiera de las artes: la música, el drama, la literatura, las artes plásticas. Si una iglesia no tiene entre sus feligreses dones para la adoración, ¡que no adore! ¿Qué podría ser más blasfemo que tratar de disfrazar el hecho de la falta de dones para hacer posible el culto, haciendo los movimientos del culto, designando a alguien para que actúe "como si" se estuviera desarrollando el culto? ¡Reúnanse para orar, para dialogar, para implorar juntos a Dios que levante entre ellos los correspondientes dones del culto! Esto en sí estaría infinitamente más cercano al verdadero culto que la farsa formal, piadosa de acciones al parecer plenamente litúrgicas, enteramente infundadas en ningún don correspondiente. Y, si Dios concede su oración, ¡puede comenzar toda una nueva era al empezar el universo del culto en espíritu y en verdad!

El concepto del culto como restringido solamente a la capacidad y autoridad de una persona ordenada, es una antigua herejía, pero no tiene fundamentos neotestamentarios. La verdadera función del pastor es despertar y preparar los dones que Dios concede para la edificación del cuerpo en la misión y en su propia sobreedificación en amor. Puede ser que el pastor tenga dones especiales para la predicación o la dirección del culto. Pero también puede ser que no, aunque nuestra preparación pastoral ordinariamente dé por sentado que es así. Es un gran error suponer que el pastor debe hacer esto. Lo único que él debe hacer es utilizar sus dones, sean cuales fueren... o dejar el pastorado si no tiene ninguno... y dedectar y liberar en la congregación los otros dones que sirven a su edificación. No hay razón alguna para que otros miembros llamados y dotados de una congregación no puedan asumir el ministerio de la predicación y la dirección del culto.

En relación con esto, cuadra una palabra acerca del ministerio femenino. Desde luego las mujeres pueden estar dotadas para y ser llamadas a cualquiera de los ministerios usuales de la iglesia, sea como profesionales o como laicos. Pero además de esto y, dada nuestra larga historia de chauvinismo masculino en el ministerio, probablemente sea más crucial simplemente el ministerio que puedan tener como mujeres para completar el ministerio de la Iglesia: ayudar a asegurar la plena corporalidad del cuerpo de Cristo. Un ministerio incompleto casi asegura un cuerpo algo menos que corporal. Y la ausencia de mujeres en el ministerio es una forma estructurada en la cual casi siempre *logramos* que no sea completo. No hay razones particulares para creer que las mujeres hayan de alcanzar la importancia numérica de los hombres en el ministerio; pero no hay razón para suponer que no la alcancen. Lo que es cierto es que la raza está construida sobre la polaridad bisexual decretada por Dios y que, cuando los hombres no lo han sofocado, un significativo y potente ministerio bisexual ha traído ricas bendiciones a la comunidad mesiánica. Ministerios muy cruciales han sido desempeñados por mu-

jeros en ambos testamentos. Toda el área de la sanidad, el asesoramiento pastoral, la reconciliación parece requerir los dones especiales que residen, al parecer, en la misma feminidad de la mujer.

El equipo ministerial de una iglesia local —profesionales y no profesionales— debiera ser en todo caso bisexual. Estando presentes en plena igualdad con los hombres en la promoción de la plena edificación del cuerpo, las mujeres pueden ayudar inmensamente a garantizar la plena humanidad corporal de ese cuerpo. Un ministerio unisexual más bien introduce la imperfección en las estructuras mismas de la Iglesia.

### **Corporalidad y comunicación**

Hemos visto tres maneras fundamentales en que está envuelta esencialmente la corporalidad cuando tiene lugar el verdadero culto. Estas son también tres dimensiones que, cuando faltan, debilitan tan seriamente el culto que prácticamente lo anulan: la corporalidad como el todo el hombre, la corporalidad como el *locus* de nuestra batalla por la salud, y la corporalidad como la relación orgánica entre los hombres.

Una cuarta dimensión merece una mención cuidadosa, no tanto como una dimensión separada en sí, sino como un corolario o resultado inevitable de la corporalidad en esas otras tres formas. Es indiscutible que el culto es o implica comunicación. Aun en el culto más deficiente el de menos vida y el menos tocante, la gente está buscando comunicar algo y, lo que es más, siempre *comunican* algo. La característica particularmente potente de la corporalidad en relación con esto es que ella opera en el culto para asegurar una comunicación de índole profunda, multifacética. Una cosa es que alguien se ponga de pie y diga algo —aunque sea algo verdadero y bien dicho— delante de un grupo de personas; y otra cosa, muy diferente, es que esas personas se congreguen y accionen y reaccionen entre sí y con aquellos que los dirigen, de modo que tenga lugar un acontecimiento comunitario con comunicación no sólo en el nivel directo, consciente, sino también, y especialmente, en y por medio del acontecimiento mismo y las relaciones que hacen el acontecimiento y las que éste hace. En el primer caso, la comunicación puede tener lugar, sí, pero sólo excepcionalmente excederá los límites de la mera transmisión de información o ideas. En el segundo caso ocurre la comunicación no sólo en el nivel de transmisión de información, sino también en el nivel del fortalecimiento de la solidaridad, la expresión de amor, la restauración de relaciones, la participación de convicciones y experiencias, el mutuo fortalecimiento de la fe.

Que la excepción (la transmisión de persona a persona de algo más que información) ocurre en realidad, es una de las razones principales por qué una iglesia viva, espiritual ha sobrevivido a pesar de los crímenes que se han perpetrado contra la comunidad vital,

orgánica y la comunicación. La relación orador oyente puede de hecho llevar mucho más carga que la mera información. El milagro por el cual las palabras que se han inflamado en la mente y el corazón de una persona pueden inflamarse nuevamente en la mente y el corazón de otro u otros, *ocurre*. Y más aún, se ha de preferir grandemente a un acto de la comunidad, donde están presentes muchos elementos interpersonales pero no ocurre ningún milagro. Por ejemplo, un poderoso y eficaz sermón de persona a persona es mucho más importante que un encuentro social en el cual las personas están juntas pero no sucede nada. Hoy en día los experimentadores con la liturgia son sabios si recuerdan esto. Pero no ha de preferirse nada a un acontecimiento de culto y celebración en comunidad en el cual tenga lugar una poderosa y efectiva comunicación en muchos niveles y muchas direcciones. La verdadera comunicación siempre es un milagro. Pero un milagro en comunidad es más grande que un milagro individual. Y una iglesia llena de espíritu es siempre un milagro en comunidad, por definición nunca meramente individual.

Para aquellos de nosotros que han llegado, conscientemente o no, a considerar el culto primordialmente en términos de su contenido de ideas, la ausencia de comunicación en todos los otros niveles no parecerá cosa seria. De hecho, se ha sostenido que la pureza esencial del culto de la Reforma reside precisamente en la exclusión de todo lo que no fuera la pura comunicación de ideas. Todos los otros niveles de comunicación, se afirma, pueden ser las puertas por las cuales entren elementos y fuerzas subcristianos que diluyan la pura, inequívoca proclamación de la Palabra. A fin de legitimarse esta posición debe hallar la manera de explicar por qué Dios creó al hombre con tantas avenidas de comunicación si *una sola* es válida para la adoración, por qué toda otra comunicación humana significativa se realiza en múltiples niveles, y, finalmente, aunque no menos importante, por qué el culto en la Biblia no está sujeto a tan austera censura.

En nuestra exposición de *la corporalidad y la totalidad humana*, nos esforzamos por señalar cuán importante es para el hombre estar presente en el culto con todas las dimensiones de vida completa, y su variada capacidad para experimentar y moldear la vida. Si es verdad que estar presente de esa manera en el culto eleva, digamos, al décimo grado la potencialidad del culto, está presente *con toda una comunidad en acción e interacción* con toda esa comunidad, eleva el potencial del culto al centésimo grado.

El culto que imparte información, donde la comunicación tiene lugar entre el dirigente y aquellos individuos a los cuales logra mantener interesados en su mensaje, puede compararse a una conferencia, digamos sobre fútbol. El culto corporal, comunitario, donde, alrededor de un acontecimiento que constituye el centro del culto, tiene lugar otro acontecimiento con comunicación en muchos niveles y en muchas direcciones puede ser comparado al partido mismo de

fútbol. Desde luego, yo puedo asistir a un partido de fútbol sin verme envuelto en el acontecimiento, sin que me ocurra nada; pero es bastante improbable. No sólo el acontecimiento mismo —el encuentro de dos escuadras— sino la forma en que el público reacciona al acontecimiento —su aprobación, desaprobación, entusiasmo, desengaño, apoyo vociferante, gritos triunfales, estímulo desesperado— todo me afecta y me comunica algo. Esa comunicación involucra mucha información, pero en su mayor parte no es percibida como tal. No obstante, indudablemente aprendo mucho en el proceso. La información *llega* muy eficazmente. Tanto que la próxima vez que asista a una conferencia sobre fútbol, podrá ser un proceso de aprendizaje muy efectivo, debido a la eficaz comunicación que tuvo lugar en el *acontecimiento experimentado*. Pero el impacto del acontecimiento sobre los presentes involucra mucho más que la mera transmisión de información. Se dirigen energías; se despiertan deseos; la gente entra en una relación dinámica con las acciones, los goles, otras personas; algo les *sucede*.

Se puede aducir que, después de todo, aunque cierto, todo eso es sonido y furia que nada significa. Dudo que esto sea cierto, porque la forma en que la gente se vuelca a presenciar los deportes no es en modo alguno una cuestión pasajera. ¡Pero aunque todo eso realmente no signifique nada, con todo afecta más a las personas, les enseña más, las une más y las mueve más que muchos cultos!

La comparación puede chocar a algunos como trivial, pero en realidad hay mucha similitud entre el culto verdadero y un apasionante, excitante partido de fútbol. Nadie puede abandonar un partido así sin saber al menos que algo importante ha sucedido en las vidas de los ardientes partidarios presentes. El espectador desapasionado puede tal vez no sentirse afectado, pero no puede dejar de observar que otros lo han sido profundamente. *Esto mismo* puede, a su vez, llegar a conmoverlo profundamente, o a despertar su curiosidad. El culto verdadero nunca puede tener sin que los espectadores no comprometidos capten el hecho de que *algo ha sucedido delante de ellos*. El hecho de que, con enorme probabilidad, *no* lo capten, significa simplemente que nuestro culto rara vez es verdadero. Esto no excluye la posibilidad de que dentro del acontecimiento no cúltime aparezcan trozos de verdadero culto. Puede haber individuos que entren profundamente en un culto verdadero, envueltos en una genuina relación divino-humana. Pero esto es invisible, normalmente; es un acontecimiento individual; no es corporal, en el sentido de que no es comunal; la comunidad no ha adorado y por lo tanto la comunicación en sus dimensiones más excitantes no se ha producido.

Volviendo a nuestro partido de fútbol, si uno puede imaginar tal cosa, algunos individuos han sido exaltados por el acontecimiento, pero a nadie le ha interesado realmente mucho, ni han sabido, que unos pocos estuvieron apasionadamente involucrados. El hecho de que esto sea prácticamente inusitado en el verdadero fútbol, surge

de que los partidos de fútbol giran alrededor *del acontecimiento como centro*. Es el partido lo que importa. Hasta un partido miserable es un acontecimiento, algo sucede y se suscita alguna reacción, debido al interés de los espectadores, y ellos son parte del acontecimiento. Es inconcebible que los espectadores pasen simplemente por los movimientos de un partido de fútbol y luego salgan como si nada hubiera sucedido. El que los "espectadores" en el culto lo hagan semana tras semana se debe mayormente a la falta de un acontecimiento céntrico, y de un acto comunitario informado por ese acontecimiento céntrico.

El *acontecimiento* es, desde luego, antes que todo, la iniciativa de Dios para redimir y recrear al hombre, tan perennemente inclinado a erigirse él mismo en Dios. Esta iniciativa se expresa en las múltiples iniciativas de Dios a través de los siglos de historia sagrada, pero esencialmente en la intervención, drástica, humanizada que tuvo lugar en Jesús, el Cristo. Todo esto se convierte en el acontecimiento central del culto debido a que no sólo se lo recuerda y anuncia, sino, lo que es mucho más significativo, se lo coloca en el corazón del culto en forma de poderosas realidades y acciones simbólicas que se dirigen a nosotros y reclaman nuestra respuesta y, por lo tanto, se convierten en la ocasión para la actualización del acontecimiento mismo.

Los sacramentos, la predicación profética (es decir, el anuncio de la Palabra con urgencia, expectación, ardiente contemporaneidad --¡no simplemente hablar de Dios y de cosas religiosas!), la alabanza, la intercesión, la confesión, el perdón todos asumen un *carácter de acontecimiento* cuando se los entiende y practica como la actualización de los acontecimientos de iniciativa divina y nuestra participación en ellos, lo cual es simplemente decir lo mismo de dos maneras diferentes.

No es nuestra intención exponer aquí con mayor detenimiento los elementos litúrgicos por medio de los cuales los grandes acontecimientos de Dios pueden llegar a ser los elementos clave, recurrentes y formativos en la vida de la comunidad congregada. Lo importante aquí es simplemente subrayar la rica y poderosa comunicación que tiene lugar en el culto cuando tiene este *carácter de acontecimiento comunitario*, en oposición a la comunicación relativamente pobre que normalmente se logra en el culto de tipo intelectualizado, de oradoroyente. El culto tiene un vasto potencial para la comunicación en numerosas y poderosas maneras cuando se torna verdaderamente corporal y memorable: cuando las personas son soldadas en una nueva suerte de solidaridad al formar juntas un acontecimiento en respuesta a otro acontecimiento que está en el corazón de su reunión... y cuando aprenden las disciplinas y los goces de hacer esto juntos regularmente.

Si queremos conmover a la gente, despertar sus ambiciones y dirigir sus energías, solidarizarlas en una comunidad significativa,

llevar a cabo su formación, lanzarlas a la corriente principal de la acción de Dios en pro de la liberación de los hombres —¡entonces no basta una comunicación unidimensional! Ningún movimiento significativo en la historia ha tenido lugar jamás con un combustible tan inferior. Debe producirse una comunicación mucho más poderosa e integral, que afecte al hombre en muchos niveles, que entre en su experiencia por muchos radares, despertando, sensibilizando, relacionando, formando, dirigiéndolos. El culto ha hecho esto a menudo, pero sólo cuando tiene lugar como acontecimiento y como el acto-acontecimiento por el cual una comunidad de creyentes responde al acontecimiento.

La profunda similitud con un partido de fútbol persiste, por trivial que parezca la comparación. Y cuando el culto llega a tener lugar de esa manera, se hace casi literalmente imposible que alguien salga de él como si nada hubiera sucedido. Frente al acontecimiento es posible casi cualquier reacción, excepto la total indiferencia o la falta de respuesta que ha llegado a ser casi la característica de los asistentes a los cultos en todo el mundo.

**Conclusión:** Donde está el cuerpo.

El culto es, pues, corporal en todos estos sentidos. „El cuerpo de Cristo se constituye en la medida en que Cristo entra en nosotros para obrar en todos nosotros estas cosas corporales: integridad, salud, comunidad, comunicación. Todas estas cosas son de primera prioridad en el culto. Sin ellas no tiene lugar o solamente ocurre algo pálidamente representativo del culto. Donde está el cuerpo, está el verdadero culto.